

NIZA



NIZA: Paseo de los Ingleses, Puente de Los Angeles y las colinas del Mont Boron al fondo.

Y un apólogo sobre la Bonelia

escrito a máquina



Niza tiene dos títulos de nobleza geográfica: capital de los Alpes Marítimos y capital de la Costa Azul. Esa belleza natural esplendorosa de tierra y mar, a veces demasiado cuidada, no puede eludirse (Niza es telúricamente femenina y el sol que la ilumina es erótico), pero nunca se sabe a ciencia cierta en qué momento su encanto es auténtico y en qué momento hemos caído ya en la trampa de un sutil artificio, como el que bebe una bebida motivado por un hermoso anuncio y no sabe que su contento es el resultado de un truco psicológico publicitario. Niza es más tarjeta postal que sus tarjetas postales. Millones de turistas la usan como fondo para fotografiarse en Niza. La bella mujer que baja del lujoso sedán, oculta detrás de unas enormes gafas negras y perseguida por los fotógrafos, puede ser la protagonista del último escándalo de Onassis o una simple modelo que anuncia un traje veranero sobre el fondo del Puente de Los Angeles. Niza siempre aparece al fondo de Jacqueline, de la botellita de vermouth, del yate del magnate, de la crónica sofisticada del "gran mundo", de la Coca-Cola, del grito de la moda de verano, de la aventura del ejecutivo y la secretaria, del nuevo rico que estrena su balandro, de la millonaria que atrapa su conde palatino. Hay una Costa Azul que no es ella sino el escenario de una pretensión multitudinaria, de un arribismo en todas las escalas.

Esto comenzó hace un siglo cuando los ingleses descubrieron Niza y Cannes y bajaron en bandadas precedidos por el Príncipe de Gales. Y toda la alta burguesía de Occidente se desplazó a la Costa Azul a mirar a los monstruos sagrados. Niza es la playa de la "belle époque": Sarah Bernhardt, el barón de Rothschild, Cleo de Mérode —la fascinante bailarina que volvió loco al Rey Leopoldo de los Belgas, a quien apodaron Cleopoldo—; Isadora Duncan con su chal rojo (el chal que la ahorcó cuando viajaba en un auto de carrera al enredarse en los radios de una rueda), Bonnard con sus pinceles, Lord Brogham, Serpollet (el Fangio de entonces) alcanzando los 120 kilómetros por hora, Catulle Mendès con su impresionante señora, los héroes del abuelo Rubén y sus marquesas Eulalias: la historia de Niza pudiera ser un tomo más de la obra de Marcel Proust. Un poeta: Stephen Liégeard, del cual ahora nadie se acuerda, escribía entonces un poema de 40 mil versos que tituló "La Côte d'Azur". El título del poema pegó fuego. Desde entonces tomaron estas playas el nombre, que hubiera firmado Rubén, de Costa Azul. Pero detrás del azul de mar, añil y salino, había otro azul pálido de tuberculosis. Todo los tísicos adinerados bajaban de Europa al sol de Niza, buscando sin saber la muerte. Allí está el cementerio protestante con miles de jóvenes ingleses, o el ortodoxo con miles de tumbas de aristócratas rusos. Los hoteleros torcian el gesto ante la palidez de una dama de las camelias. Si no tenía un título o una gruesa libreta de cheques le negaban registro. ¿Morir en Niza? — Resulta absurdo hablar de Thánatos en el reino de Eros. Aquí no se viene a descender a la Tumba —que es el igualamiento más indecente— sino a ascender escalas. Aquí, en tiempos de títulos, nació el "snob". (En los pasaportes, al humilde cualquiera, en el renglón "Título", se le ponía "Sans noblece" —sin nobleza.— Con el uso y la prisa los aduaneros inventaron la abreviatura "S. Nob" y dentro de la abreviatura el ambiente vertió el concepto: el que busca

nobleza, o distinción, o cultura, o el que lo aparenta). Era la era, que todavía no termina, de las "cenicientas" que aportaban dólares y los barones, duques o condes que aportaban títulos: Miss Isabel Singer (5 millones de dólares) con el Duque Jean - Elie - Octave Descazés. Miss Ann Gold (doce millones) con el Conde Boni de Castellane. Miss Amie Cutting (millón y medio) con el Barón de la Vrillière. Etcétera. Casar a veces se escribe con "z". Yeso y oro como Niza. Poema del cual, para la inmensa mayoría, sólo vale el título.

Recorro la Avenue de la Gare, la Plaza Massena, cruzo sus impecables jardines (¿quién como Francia para el arte de la jardinería?), bajo al puente de los Angeles, al Paseo de los Ingleses —los grandes jets parecen descender en el mar— y recuerdo a Jean Cocteau: "Niza anticuada" (con sus balcones combos con aire de peinones "art nouveau", o de miriñaques de los trajes de nuestras abuelas), "ciudad de cuento, de carnaval, de yeso y oro; ciudad que se cruza como en sueños, que sorprende con su lujo sordido y con sus plazas rojas, con sus arriates, sus estatuas en pie sobre una pierna en los ángulos de los tejados, sus coches de alquiler con toldos, su decoración de comedia italiana". Y en alguna mesa del Boulevard Victor Hugo su fisonomía coroneliana (sigo recordando a Cocteau) más que acompañar observará a la bella Otero —la bailarina andaluza que llegó a querida del Zar en la "belle époque"—: "Yo vi a la Otero y no era moco de pavo. Gorgueras, corsés de ballena, fajas, pasamanerías, cinturones de avispa, pecheras de perlas, broqueles de plumas, una especie de guerrero erizado de plumas, de largas pestañas, escarabajo sagrado q' enjazzaban y acorazaban desde temprano de la mañana robustas camaristas; tiesa, tan incapaz de salir como una perla de su ostra. La idea de desnudar a una dama así, era una empresa difícil, costosa, que era preciso prever por adelantado como una mudanza".

CAMBIO. Las bellas Otero de hoy no lucen trajes sino cuerpos. La "belle époque" ha reducido sus trapos. Pero con corset o sin corset prosigue el culto a los monstruos sagrados. Centenares fotografían el yate de Onassis. A la salida de la Opera pacientes turistas hacen cola para ver (y fotografiar) a la Cardot. En un café de la Gare una gringuita salta exitada y derrama su Coca-Cola porque confundió a un viejo calvo, ojos de rana, con Picasso (que ya es difunto). ¿Dónde está Niza?

La desbordante Otero que estoy ahora mirando en la playa no lleva nada. (Incluso el bikini es difícil percibirlo entre los pliegues de su monumental naturaleza). Llegó del frío danés y su inmensa talla, sobre la cual se posa, como rara ave, una cabellera anaranjada, parece ascinar a su pequeño y desmedrado amante, semicalvo pero lascivamente activo a su alrededor. ;Tanta belleza que se ve en las playas —desnudos recubiertos otra vez de óleos, como las fenicias (que dicen fundaron Niza) o como las romanas; tanta pareja cargando sus baterías de energía solar; tanta bandada de muchachas con el inevitable escapulario de sus Kodaks... y

yo, impenitente, vuelvo otra vez a mirar al pequeño amante adherido a su gran Venus como si en la desproporción encontrara el símbolo de algo que flota en el ambiente pero que aún no logro expresar. Me refiero al hombre que se empequeñece para fabricar una "grandeza" falsa, —una diosa monstruo—. La gran mujer del Apocalipsis, la gran Prostituta ¿no es la que el hombre, empequeñecido, crea por su propia aberración? — La dama del "pretencioso" —dinero o posición, poder o lujo ostentoso— ¿no es, al cabo del ridículo, esa "gigantona" que en la tradición leonesa sale a recordarnos con su baile el eterno peligro de volvernos enanos ante la "Gran Babilonia"?

Es Jean Rostand, el famoso biólogo francés, quien me da la clave. Dice: "Baudelaire, en uno de sus poemas, sueña con vivir "junto a una joven gigante". El macho de la Bonelia, un gusano marino de la familia de los gefirios, (que habita en las rocas de estas costas mediterráneas) ha realizado con creces semejante sueño. La Bonelia femenina se asemeja, tanto por su aspecto como por sus dimensiones, a una voluminosa ciruela verde, dotada de una trompa bifurcada y retráctil que cuando está tendida alcanza un metro de longitud. El macho, en cambio, es un gusanito pestañoso cuyas dimensiones no exceden de unos pocos milímetros: junto a su hembra, no es más que una pulga con relación al hombre. Su organización, rudimentaria a más no poder, se reduce casi exclusivamente al aparato genital; ni siquiera tiene tubo digestivo. Un grado tal de degenaración sólo es compatible con una vida estrictamente parasitaria; y, en efecto, el macho de la Bonelia pasa toda su existencia en el útero de su opulenta compañera, donde se nutre por imbibición, de los jugos circundantes".

En la naturaleza se da mucho el caso del macho que se enaniza al especializarse exclusivamente en la función sexual. La Bonelia pareciera alertar al hombre con su tragedia de gusano. Porque hay (y aquí abunda) el género "bonelia" en el hombre que se reduce a macho (y el "machismo" es el complejo de quien se siente demasiado pequeño porque ha hecho demasiada grande su obsesión femenina); en el hombre que enaniza todas sus facultades para convertirse exclusivamente en aparato genital; en el

hombrecito que cada día disminuye una pulgada de su estatura espiritual dentro del gran útero de nuestra civilización de consumo donde todo se le ofrece a través del sexo, desde la cerveza —que "es su victoria"— hasta la tela de su traje que tiene la virtud de rendir a la inmensa mujer, a la "joven gigante" de su obsesión.

Pero también existe la Bonelia de la riqueza. El hombre exclusivamente dedicado a producir. La reducción del hombre a la sola función genital de dinero. "Grandes" banqueros, "grandes" financieristas —sacados del ambiente de publicidad donde su enanismo parece grande— se disminuyen como el macho de la Bonelia y no son capaces de segregar una idea y ni siquiera tienen aparato digestivo porque se lo han atrofiado y toda su estatura cabe en el útero de la gran caja de hierro donde habitan.

Y también el ejemplar gusano abunda en la política. Tantos votos ciertos obtiene un dictador cuántas bonelias hay en sus dominios. (¿Dichosamente en Nicaragua abundó la abstención!) Porque el servilismo atrofia todas las otras facultades para reducir al hombre a la sola sumisión. "Un grado tal de degeneración —dice Rostand— sólo es compatible con una vida estrictamente parasitaria". Y en efecto, nuestra política es el gran útero donde esos piojos, voluntariamente empequeñecidos, "se nutren por imbibición de los jugos circundantes".

...Pero tiremos al mar el gusano y abandonemos los tristes pensamientos que provoca. El hombrecito de la gran danesa se aleja con ella de la mano. Parece un alpinista del amor. El sol de Niza, al atardecer, es la luz más pura de lo que los portugueses llaman "Saudade". Un grupo de muchachas se esfuerza en arrastrar a la costa un pequeño balandro. Sus risas se enredan en las olas. Cruzo bajo las palmeras de la Promenade des Anglais y en la conversación va naciendo otra Niza, esplendor del Mediterráneo, joven en su antigüedad, sugerente de inquietantes anhelos, y, como el verso de Alfonso

"Siento bullir locos pretextos que estando aquí ;de allá me llaman!